

al príncipe Adolfo y á su hija, y, cuando todos creían que iba á entrar en el castillo, se encaminó á la orilla, se apeó, y entró en su barca, que sin demora remontó el río llevándose al misterioso vencedor.

Dos horas después, el conde, recobrada la razón, dió orden de levantar el campo y tomar la vuelta de Ravenstein.

Por la tarde llegó al castillo el conde Carlos de Homburgo con unos veinte hombres de armas. Venía en socorro del príncipe Adolfo de Cléveris, que, como hemos dicho, había enviado mensajes á cuantos amigos y aliados tenía en las cercanías.

El socorro del conde de Homburgo era ya inútil, mas no por eso dejó de ser generosamente acogido y dignamente festejado el anciano guerrero.

XI

Mientras se desenvolvían en Cléveris los acontecimientos que acabamos de narrar, el landgrave Luis, sin más compañía que la de su antiguo amigo el conde Carlos de Homburgo, pasaba los días en el castillo de Godesberga llorando á Emma, que se negaba á volver á su lado, y á Otón, á quien tenía por muerto. En vano se esforzaba el conde en reanimarle la esperanza diciéndole que su mujer lo perdonaría y que su hijo indudablemente se había escapado á nado; el pobre landgrave no quería dar crédito á tales palabras, y decía que pues él había condenado sin misericordia, sin misericordia estaba él condenado á su vez. Tan violento estado no podía durar; pero á él siguió una melancolía profunda, y el landgrave se encerró en las más retiradas habitaciones del castillo de Godesberga, sin querer admitir á otro que al conde Carlos de Homburgo, y aun, pues pasaban días enteros sin que el conde lograra ver á su amigo. El buen Carlos no sabía qué hacer: ora resolvía ir por Emma al convento de Nonenwerth, y desistía temeroso de que una nueva negativa redoblase la aflicción del esposo,

ora determinaba salir en busca de Otón, y se estremeó al pensar que una pesquisa inútil podía colmar la angustia del padre.

En esto llegaron al castillo de Godesberga los despachos del príncipe Adolfo de Cléveris. En cualquiera otra circunstancia, el landgrave Luis se habría apresurado á corresponder personalmente á aquella guerrera incitación; pero estaba tan absorto en su dolor, que dió sus poderes á Homburgo; el cual, después de haber revestido por su propia mano, según solía, de su arnés de batalla á su amigo Hans, se puso al frente de veinte hombres de armas y se encaminó al principado de Cléveris, adonde llegó la tarde del día en que entre el caballero del cisne de plata y el conde de Ravensstein se libró el duelo de que hemos hablado.

El conde Carlos, que halló el castillo entregado á toda suerte de fiestas, fué recibido como un antiguo compañero de armas. Una sola circunstancia que nadie acertaba á explicarse anublaba el gozo del príncipe: era la desaparición del caballero incógnito. En efecto, éste se había alejado de un modo tan inesperado y tan rápido, que el príncipe lo vió desaparecer antes de haber hallado la manera de retenerlo. Durante toda la velada no se habló más que de aquella singular aventura, y cada cual se retiró sin haber sacado nada en limpio.

Estaba de tal suerte el príncipe fijo en un pensamiento, después del combate, que hasta que se encontró solo no recordó la desaparición de sus dos arqueros Hermann y Otón. Tal conducta en el momento del peligro le pareció tan extraña de parte de aquellos dos hombres, que resolvió, si tornaban al castillo sin explicar plausiblemente su ausencia, despedirlos ignominiosamente en presencia de todos. Tomada esta determinación, el príncipe dió á

sus guardias la orden de que le advirtiesen á primera hora de la mañana, en el caso de que Otón y Hermann regresaran durante la noche.

Al día siguiente, al quebrar el alba, un criado entró en el dormitorio del príncipe, para notificar á éste que los dos desertores habían entrado en el cuartel de los guardias á las dos de la madrugada.

El príncipe se vistió inmediatamente, y ordenó que hiciesen venir á Otón.

Diez minutos después, el joven arquero se presentó á su amo con tanto sosiego como si no hubiese sospechado el porqué mandara por él el príncipe.

El cual lo miró con severidad; pero si ante aquella terrible mirada Otón bajó los ojos, fué visiblemente por respeto, no avergonzado.

No explicándose el príncipe la seguridad del arquero, le interrogó, y el joven respondió con respeto, pero con firmeza, á todas las preguntas de su amo.

Otón respondió que lo único que podía decir era que había pasado aquel día ocupado en un asunto de importancia en el cual le había ayudado Hermann, y que en cuanto á la falta de éste, él la tomaba bajo su responsabilidad, atento que él era quien usara de su ascendiente sobre su compañero, que le debía la vida, para hacerle faltar á sus deberes.

El príncipe no sabía qué pensar de tal obstinación; pero como á una falta contra las reglas de la disciplina militar se añadía la desobediencia al poder señorial, dijo á Otón que sentía tener que separarse de un arquero tan diestro, pero que no encajaba con las reglas vigentes en el castillo que un servidor se alejara sin el competente permiso y tornase sin querer decir de donde venía.

—Por lo tanto, agregó el príncipe, estáis libre y podéis desde luego entrar al servicio del señor que más os acomodare.

En los párpados de Otón asomaron dos lágrimas, al punto secadas por la llama que le subió al rostro. Luego y sin responder, el joven hizo una reverencia y se salió.

No sin pesar había el príncipe tomado tal resolución, hija de la cólera que despertara en él la obstinación del culpado, á quien resolvió castigar severamente.

En la creencia de que el mozo se arrepentiría, el príncipe se acercó á la ventana que daba al patio que aquél debía atravesar para encaminarse al cuartel de los arqueros, y se escondió tras una colgadura para no ser visto, en la seguridad de que le vería volverse atrás. Pero Otón se alejó con lentitud y sin volver el rostro; y el príncipe lo seguía con la mirada y perdía una esperanza á cada paso que aquél avanzaba, cuando divisó en el lado opuesto del patio al conde Carlos de Homburgo, que venía de vigilar personalmente para que á la hora de costumbre sirviesen á Hans el almuerzo. El anciano conde y el joven arquero avanzaban pues uno hacia otro, cuando levantando los dos á un tiempo los ojos y al cruzarse sus miradas, se detuvieron ambos como heridos por el rayo. Otón había conocido á Carlos, y Carlos á Otón.

El primer impulso del joven fué alejarse; pero Homburgo le echó los brazos al cuello y lo retuvo estrechándolo contra su corazón con toda la fuerza de la amistad que, hacía treinta años, lo unía á su padre.

—¿Si se habrá vuelto loco el conde? dijo entre sí el príncipe.

Y es que al de Cléveris le parecía tan inusitado

el que un conde abrazase á un arquero, que no podía dar crédito á sus ojos.

El príncipe abrió pues la ventana y llamó con todas sus fuerzas á Carlos.

Al ver al príncipe, Otón apenas se tomó el tiempo de hacer prometer al anciano caballero que le guardaría el secreto, y se lanzó al cuartel de guardias, mientras Homburgo se encaminaba adonde el príncipe.

El cual interrogó al conde, que á su vez se empeñó en guardar silencio, queremos decir que se limitó á responder que habiendo Otón estado mucho tiempo al servicio del landgrave de Godesberga, lo había conocido en el castillo de éste desde niño y cobrándole afecto, por manera que al encontrarlo, no fué dueño de refrenar la alegría que le causara el verlo.

—Por lo demás, añadió el conde con su sencillez ingénita, confieso que el primer impulso me ha arrastrado más allá de los límites del decoro.

El príncipe, que se arrepentía de su severidad para con Otón porque sospechaba que la extraña salida del joven encerraba algún misterio, aprovechó la ocasión para deshacer lo hecho. En consecuencia llamó á un servidor y le ordenó que dijese á su arquero que podía continuar en el castillo, y que á solicitud del conde Carlos de Homburgo lo perdonaba; pero el servidor regresó diciendo que el joven había desaparecido con Hermann, y que nadie acertaba á decir qué era de ellos.

Por tal manera preocupó al príncipe tal desaparición, que olvidó el duelo de la víspera; pero este recuerdo refrescósele á no tardar y nuevamente en la memoria, y con él le renació el pesar de haber dejado sin recompensa la abnegación del caballero desconocido.

Pidió el príncipe al conde consejo sobre el particular, y el anciano caballero se lo dió diciéndole que proclamase que perteneciendo de derecho la mano de Elena á su defensor, el caballero del cisne de plata no tenía más que presentarse para recibir una recompensa que hacían preciosa, aun para el hijo de un rey, la hermosura y la riqueza de Elena.

Aquella misma noche, el conde Carlos dejó el castillo no obstante las instancias del príncipe, pretextando que negocios de importancia suma lo llamaban al lado de su antiguo amigo el landgrave de Godesberga.

Otón aguardaba al conde en Kerweinheim, y en Kerweinheim fué donde Otón supo la desesperación del landgrave.

Al pensar que su padre sufría y era desventurado, el doncel lo olvidó todo, incluso su amor por Elena. Así pues, exigió al conde que inmediatamente se pusiesen en camino. Pero el conde alimentaba otra esperanza, y era la de acompañar á un tiempo al castillo del landgrave á Emma y á Otón, pues esperaba que una palabra del hijo obtendría de la madre lo que no pudieron conseguir los ruegos del esposo.

Homburgo no se engañaba: tres días después y al través de lágrimas de gozo, el conde miraba á su antiguo amigo en brazos de su mujer y de su hijo, á quienes tuviera por perdidos para siempre.

Entretanto el castillo de Cléveris como que hubiese quedado desierto. Otón, al partir, se había llevado consigo la vida de aquella mansión. Elena pasaba el día orando en la capilla de la princesa Beatriz, y Adolfo de Cléveris á cada instante se asomaba al balcón para mirar si regresaba el caballero del cisne de plata. Padre é hija sólo se reunían á la hora de la comida, y cada uno de los dos

temía por la tristeza del otro. Por fin, una noche en que Elena, después de haber orado todo el día, se retiraba para entregarse de nuevo á la oración, el príncipe Adolfo, resuelto á poner en práctica el consejo que le diera el conde de Homburgo, la detuvo en el instante en que iba á cruzar el umbral.

—Elena, dijo á su hija el príncipe, desde el día del duelo que tan venturosamente te libró del conde de Ravenstein, ¿no has pensado más de una vez en el caballero del cisne?

—Sí, monseñor, respondió la doncella, y tanto es así, que desde entonces no he elevado á Dios una oración sin pedirle que le recompensase, pues vos no podéis hacerlo.

—La única recompensa digna de un joven como él parece serlo, es la mano de aquella á quien ha salvado, repuso el príncipe.

—¡Oh padre! ¿qué decís? exclamó Elena ruborizándose.

—Digo, continuó el príncipe al leer en el rostro de su hija más admiración que zozobra, que deploro no haber puesto más pronto en ejecución el consejo que me dió el conde de Homburgo.

—¿Que os aconsejó el conde? preguntó Elena.

—Mañana lo sabrás, respondió el príncipe.

Al día siguiente partieron heraldos para Dordrecht y para Colonia, proclamando en todas partes que no hallando el príncipe más noble recompensa para aquel que combatiera por su hija, que la mano de ésta, hacía saber al caballero del cisne de plata que en el castillo de Cléveris le esperaba aquella recompensa.

A la caída de la tarde del séptimo día, estaban el príncipe y su hija sentados en el balcón de la princesa Beatriz. De pronto Elena apoyó vivamente una de sus manos en el brazo de su padre, mien-

tras con la otra le mostró un punto negro que acababa de parecer en el río, en la punta de Dornick, esto es en el sitio mismo por el cual desapareciera Adolfo de Alost.

Poco después el punto se hizo patente, y Elena fué la primera en ver que era aquél una barca tripulada por tres señores y seis remeros. Los señores iban armados de punta en blanco y llevaban calada la visera, y el del centro ostentaba en el brazo un escudo blasonado. Desde aquel instante la doncella no perdió de vista al escudo, en el que á poco y en campo de azur distinguió un cisne de plata.

Aun el príncipe, no obstante la debilidad de su vista, notó el cisne, y, al notarlo, no fué dueño de refrenar su gozo.

En cuanto á Elena, temblaba de los pies á la cabeza.

Por fin atracó la barca, y los tres caballeros saltaron en tierra y se encaminaron al castillo.

El príncipe asió la mano á Elena, y quieras que no le hizo descender la escalera y la condujo á presencia de su libertador; pero al llegar á la escalinata la doncella perdió las fuerzas, y el de Cléveris se vió obligado á detenerse.

En esto los tres caballeros entraron en el patio y se adelantaron hacia la escalinata.

—Quien quiera que seáis, os doy la bienvenida, les dijo el príncipe, y si uno de vosotros es verdaderamente el bravo caballero que tan valerosamente vino en nuestro auxilio, acérquese y levante la visera de su casco, para que pueda abrazarle á rostro descubierto.

Entonces el del blasonado escudo se paró y, al parecer tan conmovido como la doncella, se apoyó en los hombros de sus dos acompañantes; pero haciéndose al punto, subió la escalinata entre sus

dos compañeros, se detuvo en la penúltima grada, hincó la rodilla ante Elena, y, tras una breve vacilación, alzó la visera de su casco.

—¡Otón el arquero! exclamó con estupefacción el príncipe.

—Ya yo estaba segura de que era él, murmuró la doncella escondiendo el rostro en el pecho de su padre.

—Pero ¿quién te autorizó para llevar un casco coronado? preguntó el príncipe.

—Mi cuna, respondió el doncel con la voz suave y firme que ya notara en el Adolfo de Cléveris.

—¿Quién puede atestiguarlo? profirió el príncipe, no dando todavía crédito á la palabra de su arquero.

—Yo, su padrino, dijo el conde de Homburgo.

—Y yo, su padre, añadió el landgrave Luis de Godesberga.

Dichas estas palabras, el conde y el landgrave alzaron á su vez la visera de sus cascos.

Ocho días después Otón y Elena fueron unidos en matrimonio en la capilla de la princesa Beatriz.

Ahí la historia de Otón el arquero tal como la oí contar en las orillas del Rhin.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
vol. 1625 MONTERREY, MEXICO



